

Comentarios

La religión y el anarquismo

La religión es el baluarte del capital y el embrutecimiento de los pueblos.

Ya, desde los albores de la infancia, se empieza por infundir en el débil cerebro del niño una cosa que no vive con el hombre. Que no existe, porque de ser verdadera que existiera la divinidad sabía y justa, no consentiría la desigualdad social de unos y otros. Ni sería inducitor y encubridor de actos sobrenaturales. Ni provocaría las guerras, la destrucción, el hambre, la barbarie... Ni habría envidias, odios. Ni armas asesinas; ni tiranos...

Pero ese Dios que nos pintan las sagradas escrituras es el Dios de la imperfección, de la furia, de la soberbia y de la perversidad. Tres categorías dinásticas jerárquicas: Poder, Fuerzas, Armas. Capital y Estado, porque Estado quiere decir Dios, y Dios es el Estado con sus instituciones civiles y militares; con sus armas de destrucción y de muerte; con sus leyes coercitivas; con su orden cruel y sanguinario; con sus escuelas que nada científico al natural enseñan; con sus universidades para los privilegiados, únicos enemigos del verdadero orden social.

Los más fuertes, para engañar a los pueblos, buscaron, crearon un símbolo: Jesús. El que, por obra y gracia del Espíritu Santo, concibió en el vientre de María, virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

El que resucitó a los muertos, dió vista a los ciegos, curó a los paralíticos, redimió a la prostituta con sólo hacer una cruz y elevar una oración. Identificó toda la religión! Ni Cristo fué Cristo ni la Virgen fué virgen. Ni Dios es el Dios de la humanidad racional y enferma.

¿Cómo es posible que el ciego vierá, que el paralítico moverá con naturalidad todos sus miembros sin la intervención de la ciencia? ¿Que el muerto ya en descomposición materia corrupta, volviese a la vida? Si; es posible, porque es un milagro, y los milagros están fuera de la ley natural. ¡Cautela ignorancia!

Cristo, según sus misticos, predicó la humildad; la cobardía, porque humillada es eso, sumisión, acusamiento... Nunca la modestia, porque ser modesto no es ser humano y cabe en ello la rebeldía.

Hacía decir a Cristo: «Cuando te peguen en una mejilla, pon la otra».

¿Qué quiere decir esto? Que nunca el cristiano tiene derecho a rebelarse.

Cristo dividía a la sociedad en dos clases: pobres y ricos. Y si no, ¿por qué dice, «Dar de comer al hambriento y vestir a los desnudos?

Nunca predijo la igualdad; fué el primer dictador del mundo y el estrangulador de la libertad.

Fué el primero en sembrar el terror y en hacer proselitismo.

Su «asidurias» no recomienda a la naturaleza como madre de todos, sino sólo de aquellos que como él pensaban. Es más: buscaba la redención del mundo por medio de la ley divina. ¿Dónde está esa ley? El mismo se erigió en caudillo y negó a la naturaleza lo que la naturaleza le había dado.

Anabó la esclavitud, y dice: «Cread y multiplicaos». Para qué? Para el provecho particular suyo y de los que le seguían. Las patrias, las fronteras, los idólos, todo es obra de ese Dios y de ese Cristo: del Capital.

Todo esto prueba su inexistencia. Fué el medio de que se valleron los opresores para dominar a los ignorantes.

El día que desaparezca todo esto, reinará la felicidad en los hombres y en los pueblos. Obra es ésta que debemos comprender: todos los explotados. Para conseguirlo, sólo hay un camino: la anarquía, porque es la clara, transparente. Hermosa y bella: lira de igualdad, fraternidad y libertad. No es el anarquismo una secta creada por hombres al fin, como el católico, y el cura propaga desde el pulpito, donde el confesionario, desde la prensa. Desde esa «ciencia» prensa, que sólo se dedica a embriagar y esclavizar a los jóvenes.

El anarquismo es la naturaleza, la actividad, la ciencia, el progreso. Es la igualdad entre los hombres, la sociedad sin leyes, el mundo sin fronteras, sin dictadores, sin tiranos. Sin jueces ni abogados, sin policías, sin militares... El anarquismo es el verdadero orden social. Educa, instruye y anima al progreso, a la ciencia y a todo cuanto sea útil a la sociedad.

Para ser anarquista, hay que ser rebelde, revolucionario.

P. ALONSO

Folletos a la venta

«VUESTRO ORDEN Y NUESTRO DESORDEN»; «GUERRA A LA GUERRA», de Pedro Gori.

«ENTRE CAMPESINOS», de Enrique Malatesta.

«LA POLITICA DE LA INTERNACIONAL», de Miguel Bakunin.

«EL SINDICALISMO», de Anselmo Lorenzo.

«CIENCIA Y RELIGION»; «LAS BASES SOCIOLOGICAS DE LA ANARQUIA», de Pedro Gori.

«LA ANARQUIA», de Eliseo Reclus.

«CONTESTACION A UNA CREYENTE», de Sebastián Faure.

«EL PORVENIR DE NUESTROS HIJOS»; «A MI HERMANO EL CAMPESINO», de Eliseo Reclus.

«REPUBLICA Y ANARQUIA», de N. Convent.

«LA LEY Y LA AUTORIDAD», de Pedro Kropotkin.

El precio del folleto es de 0'20 pes. el ejemplar. Importe acompañado del pedido. Descuento del 25 por 100, pasando de 25 ejemplares.

Del momento político

Muchas son las cábulas que sobre la tramitación de la próxima crisis se hacen. Los aspirantes al sillón presidencial ponen en juego todos los resortes de políticos maestrillos. Los claque se disponen a tomar su parte en el boicot, y todos se preguntan: «¿Quién gobernará?

Parce que, una vez electo el presidente, llamará a la minoría más numerosa del Parlamento, para constituir gobierno; los socialistas rebuscarán porque éste no es su momento, y los radicales, más lejos que nadie de radicalismos, tampoco asumirán por entero la responsabilidad del Poder, siendo lo más probable que se forme un gabinete similar al existente, en el que hombres de ideologías distintas se confabulen para labrar la felicidad nacional mancomunadamente, aunque con sus inquietudes y torpezas llenen a la desgracia.

Esta fase política no nos interesa sino en cuanto pueda influir en la vida social del país para un futuro próximo. Es evidente que en los críticos momentos que atravesamos, cualquier golpe audaz podría impedir la consolidación de la República, y aun transformar, grandemente, a la burguesía, pero mucho me temo que, a la postre, la revolución venciera; y es que la revolución que nosotros proponemos y el pueblo necesita no ha de ser obra exclusiva de los audaces; se requiere una preparación, por lo menos, que todos y cada uno de los revolucionarios tengan un concepto claro de la Revolución, que no es revuelta, motín ni alzamiento, en su triple aspecto político, económico y social.

Asimismo, es exacto que la única fuerza organizada seriamente, se halla en la Confederación Nacional del Trabajo, donde de militan, siempre en vanguardia, los hombres pictóricos de ideas sanas y vivificadoras que integran la dinamo del movimiento revolucionario español: los anarquistas.

Las masas obreras y campesinas están en la C. N. T., por convicción y temperamento; huyen de la U. G. T., porque se guardan de los fraude y abominan de los enclufistas; y el cañuelo sevillano (vulgo Comité de Reconstrucción), con su verborrea furibunda, no logra hacer proselitos, porque son demasiado conocidos esos profesionales de la calamidad y el insulto alegres; es en vano que el Mando Obrero clama por el frente único, empleando latiguillos y apelando al sentimentalismo revolucionario del pueblo; que lo llaman y apócrifa Federación Local, de San Sebastián introduce subrepticiamente en el seno de la C. N. T. su propaganda cecisionista; los trabajadores saben que los agentes moscovitas sólo anhelan crear rebeldes, ejércitos, a quienes apañar y dirigir; y porque contrasta con estos bastardos intereses las normas federalistas de la C. N. T. y sus principios libertarios, el pueblo oculta a ella y forma en sus filas, animoso y rebeldes.

Pero, a pesar de esta manifiesta superioridad, aún considerando lo mucho que nuestra organización pesaría en un momento decisivo, yo estimo que la C. N. T. no está en condiciones, actualmente, de impulsar ese golpe audaz, aun cuando quizás cuente con elementos combativos; y, a despecho de lo que piensan temperamentos más vehementes, criterios más autorizados que el mío, creo que ahora es cuando hay que hacer una verdadera reorganización en el seno de la C. N. T. para poner en las condiciones a los efectivos de ésta, que respondan a la mitad histórica que les está encomendada. Hemos de hacer revolución interna para que nuestra acción irradie a la vida pública, y en un momento dado, trasponer los usos y costumbres sin dejar vestigio alguno del régimen burgués; a una política herself, hemos de oponer otra social; que en nada se le parezca; a una economía, hemos de oponer otra que en todo lo supere; no hacer esta profunda

labor constituye un error de apreciación, que puede pagar caro el pueblo: ahí está Rusia, de ejemplo viviente, donde quizás el sujeto adore, a veces, el tiempo de los zarates.

No se crea con esto que soy partidario de la revolución a plazo fijo; en el triunfo de ésta entrañan a veces factores no previstos y aún desconocidos por el revolucionario; tampoco se me oculta que si la C. N. T. no ha hecho antes esta obra es por que las circunstancias lo han impedido; y aquí precisamente está mi intención en este trabajo, de hacer observar a todos los compañeros que honradamente militan tanto en la C. N. T. como en los grupos, que sería más positivo que gastas energías en luchas estériles e instantáneas, estudiar el momento político y trazar un plan de común acuerdo; pero ésto pronto; porque las circunstancias son apremiantes y hay mucho por hacer.

Cualquier que sea el Poder que entre, al solucionarse la crisis, moderado o radical, socialista o de coalición, como todos son lacayos del Capitalismo, nuestra situación no habrá variado, y la guerra que hoy se hace a las organizaciones de la C. N. T. y anarquistas y a sus hombres, se intensificará, si la acción energética del proletariado, previamente orientado, no lo impide.

Los momentos son de serenidad y reflexión; proceder de otra forma es suicida;

ponerse de abarcar el panorama social de toda la nación; por una región no se

puede juzgar ni apreciar las restantes como

una localidad no acusa la idiosincrasia de

todas.

Sin embargo, el peligro es innegable y hemos de sortearlo sin claudicar, ni retroceder, pero tampoco empeñando a la organización en una lucha espuria, donde el proletariado resulte un Lisipo por Indiana.

VICENTE BALLESTER

Nuestro enemigo, el Estado

Hay muchos que no comprenden nuestra actitud ante el Estado, considerando sistemáticamente y aun absurdamente, nuestra postura, sobre esto hemos escrito mucho y nuestras razones son tomadas por sombras por los elementos conservadores y aun por los traidores, que viven y median gracias al Estado y a sus derivados.

Hoy no vamos a hablar nosotros. Van a hacerse agudos de los que combaten nuestras teorías, y de entre ellos, efigiemos a los dos firmas que parecen autorizadas. Lortegas y pegueros, pues:

en La Publicidad, de Barcelona, 4 Julio 1922, el ex ministro de la monarquía española don Balbuena Argente, titulando significativamente *El fracaso del Estado*:

«No me explico como hay todavía entre nosotros "estalinistas". Los hay, de buen grado lo confeso, rendindome a la realidad. Pero es incomprensible. Porque, no solo ha fracasado totalmente el Estado en todas las direcciones de su actividad, sino que apenas hay español medianamente inteligente que, en su fuero interno y en sus conversaciones privadas, no reconozca ese fracaso. Sin embargo, la superstición estatal es tan vigorosa, que sobrevive a todos los desengaños.

Así como no tenemos Ejército, y lo que viene ocurriendo en Marruecos abre los ojos aún a los más ciegos, no tenemos Administración. Ningún servicio está organizado para ser útil al país sino para beneficio del funcionario. El presupuesto se consume no en sostener una administración, sino en sostener servidores de la nación, que son sus tiranos y sus parásitos extorsionadores.

El conjunto de los gastos públicos, la centésima parte llega a servir al bien público. Los restantes quedan en manos de unos y otros, gentes completamente estériles para la nación, cuando no perjudiciales; porque hay muchos funcionarios que existen porque para ello se han inventado funciones que se justifican estorbando o molestando a los ciudadanos.

Teóricamente, habría que rebajar la Administración entera.

Prácticamente esto es imposible. El conjunto de los funcionarios, técnicos o no técnicos, ha logrado ser más fuerte que el país. Todos los pulos en decadencia llegan a sufrir este mal. Era la característica de la Rusia del zarismo. Y al voltearse la mirada a la historia, veremos que todos los pueblos, en las horas de su agonía—que a veces se cuentan por siglos—son víctimas de la desmadrada extensión de los funcionarios, alzados como un poder irresponsable y permanente, y, por ende, irresistible, entre el ciudadano y los poderes políticos emanación de aquél, cada vez más desacreditados e impotentes.

Esto es un absurdo. En un régimen social en el que a tanta gente falta lo más imprescindible, en el que tantos obreros están ociosos y hambríos por falta de trabajo, cuando podrían producir esas cosas indispensables, se comprende que esas calamidades públicas, la destrucción prodigiosa de la riqueza, puedan servir de negocio a cierta categoría de gente, proporcionándole la recompensa de trabajar o de traficar. Considerándolo de esta suerte, puede haber una utilidad a todos esos trabajos inglorios y dolidos, en los que se despidieron tantas energías.

Si los mercaderes son expedidos lejos, para ser transportados de nuevo y vendidos dentro del país de origen, esto proporciona trabajo a los marineros, a los descargadores, etc., etc.

Los comerciantes ganan sumas fabulosas en anuncios y reclamos con el fin de inducir al público, con buen acopio de mentiras, a comprar tal o cual producto. Pues he aquí un trabajo para los tipógrafos, litógrafos y agentes de publicidad, y para un número incalculable de personas de diversas profesiones, que quedarían sin trabajo si se llegara a descharar en absoluto el uso de estos engaños.

Fabrican acorazados, los que, pudieran ser—y esto sería de descarril—que jamás servirían para nada. Esto da trabajo a los obreros de los arsenales.

Se reparten millones y millones en la construcción de palacios de Justicia, haciendo mal el trabajo expresamente, para tenerlos que redifunden luego. Pues esto da trabajo a los albañiles y a cuantos crean en la necesidad de todo lo innecesario.

Se hacen infinitos objetos de lujo, de buen o mal gusto, cuya producción pudiera ser tachada de criminal cuando, previamente, no se ha producido lo necesario a todos. Pues sin ese lujo, un gran número de trabajadores quedarían sin ocupación.

La economía burguesa

He aquí cómo responde *Le Giornale d'Italia* al diputado Turati, quien atribuye a la guerra tripolitana el aumento de miseria entre la clase proletaria.

La guerra, si no ha aumentado, al menos no ha disminuido el movimiento económico en Italia, porque cientos de miles de millones vivimos en un régimen capitalista, que, habitualmente, se produce para obtener pingües beneficios.

Resulta, pues, un monstruoso estado de cosas ante en el que, a causa del interés particular de algunos privilegiados, una gran parte del pueblo está extenuado de cansancio, mientras otra parte, nada despiadada, queda en la ociosidad. En estas condiciones, todo el que, de cualquier manera, continúa a dar trabajo, es hacer marchar el comercio, merece plácemes.

Cuando un hombre está proyectando a morir de hambre, por carecer de trabajo, se considera dienoso con que votores le paguen por crear una zuja y llenaría negro, para continuar abriendo otra. Esto podrá ser un trabajo idiota, si se quiere, pero ese hombre recibirá por ello un salario que le permitirá vivir. Pues, para él, esto no sera un trabajo inútil.

Si el «tormento italiano», que no siente ningún respeto por los hechos, lo tiene, al menos, por la lógica, puede proseguir atañiendo los hechos buecos de la guerra, pero deberá convenir en que la sociedad que él detesta es una cosa bien abierta.

Esto que hemos dicho más arriba, nos sugiere otro orden de consideraciones.

Algunos estiman que el militarismo será automáticamente destruido por el aumento continuo de gasto que requiere. El temor a la guerra, dicen ellos, forzará al Estado al desarme.

Según nosotros, la verdad es muy otra. Aparte la necesidad, para la clase dirigente, de un ejército para resguardarse de las amenazas crecientes y continuas del proletariado, los gastos militares sirven también para hacer vivir a una buena parte del pueblo, que los capitalistas no llegan a ocupar y que son, por esto mismo, desde el punto de vista económico, un medio para mantener el lujo de los privilegios.

Otras veces ha sido imposible restar tantas fuerzas a la producción, de las necesarias a la vida. Pero a medida que con la invención de las máquinas y los progresos de la química y otras ciencias, la producción aumenta, el número de los brazos en paro forzoso aumenta también, pudiendo ser peligrosos.

En un régimen capitalista, ciertamente podrá imaginarse un sistema más racional, donde todos podrían hacer una producción útil que aumentara el bienestar de todos, sin disminuir los gozos de los privilegiados.

Pero capitalistas y gobernantes no han tenido el buen tacto de tratar este asunto por falta de inteligencia, sin duda, y sobre todo egoísmo, prestando tener soldados para atacar y defenderse. Y es por esto que hoy las cosas son como son. Grandes intereses se desarrollan en torno al militarismo y si mañana, por una hipótesis inverosímil, los gobernantes quieren desarmar al ejército, provocarán una crisis que determinará, probablemente, el fin del régimen. Mas, de llegar al desarme, se guardaría muy mucho.

Por consiguiente, ninguna esperanza podemos abrigar de que el militarismo muera por muerte natural. Como, por otra parte, tampoco tenemos ninguna esperanza de que el régimen burgués caiga por si solo.

Si el pueblo querido liberarse de ese vampiro homicida que se denomina militarismo, debe laborar con este fin, haciendo una propaganda intensa y ordenada, preparándose para combatir a los que quedan fuera de la acción de esa propaganda.

Si los obreros quieren acabar con el régimen capitalista, es necesario que ellos lo hagan sin ilusiones.

ENRIQUE MALATESTA

Campañas de justicia

Es doloroso que tengamos que insistir tantas veces y en todos los tonos. Es injusto, hasta el último extremo de la injusticia